

De muchas formas habló Dios al hombre...*

Mons. Ricardo Pérez Blázquez

Obispo titular de Bilbao

1. EN EL MARCO DE LA CONSTITUCIÓN CONCILIAR SOBRE LA REVELACIÓN

Llama positivamente la atención cómo en el proemio y capítulo primero de la constitución *Dei Verbum* (DV), una excelente obra conciliar, son citados e incluso reproduciendo algunas frases varios “prólogos”, himnos o introducciones solemnes de diferentes libros del Nuevo Testamento. En ellos, como en oberturas admirables, aparece el designio de Dios acogido, celebrado, desplegado en acontecimientos y cantado con palabras. El plan eterno de Dios se realiza en Jesucristo, cuya trayectoria arranca en las entrañas de Dios y se manifiesta en la historia, es breve y sucintamente recordada. Estos sublimes textos nos transportan de golpe a la contemplación del proyecto de Dios.

El procedimiento conciliar utilizado con frecuencia de exponer su enseñanza ensartando referencias bíblicas, y en concreto éstas que nos remiten a los mismos orígenes en Dios, confieren a la constitución del Concilio, que es doctrinalmente muy rica, una tonalidad espiritual y una sencillez tan próxima como inefable. La revelación, que es “la primera realidad cristiana”, halla una coherencia de fondo y forma con estos prólogos citados o reproducidos. “La revelación o la palabra que Dios dirige a la humanidad es la primera realidad cristiana: el primer hecho, el primer misterio, la primera categoría. Toda la economía de la

* Conferencia en Santiago de Compostela, el día 3 de septiembre, dentro de las IX Jornadas de Teología, sobre el tema “¡Fascinados por la Palabra!”

salvación, en el orden del conocimiento, descansa en este *misterio* de la automanifestación de Dios en una confidencia de amor”¹. La revelación es al mismo tiempo automanifestación y autocomunicación de Dios al hombre. El Evangelio no es sólo informativo, sino también “performativo”.

Los pasajes neotestamentarios citados en *Dei Verbum* 1-4 relevantes en el sentido indicado son varios: 1 Jn 1,2-3; Jn 1, 1-18; Heb 1,1-2; Ef 1,3-14; Col 1.15. Reproduzco algo extensamente los que aparecen en DV 1 y 4. “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca de la Palabra de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo”. La Palabra, de que habla san Juan, no es sólo proferida sino también recibida; no es sólo audible sino también visible y palpable; no es sólo escrita y muda sino también encarnada y viva; no es fugaz sino permanente. Jesús es el rostro humano de Dios; en sus labios resuena la Palabra eterna.

“En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado las edades del mundo. El es reflejo de su gloria, impronta de su ser. El sostiene el universo con su palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de la Majestad en las alturas; tanto más encumbrado sobre los ángeles, cuando más sublime es el nombre que ha heredado” (Heb 1,1-4). Con este prólogo solemne, que es una especie de himno en prosa, continúa la misma dimensión contemplativa que se inició en el proemio; y que está en conexión con la honda impregnación y estilo bíblico y patrístico. La carta a los Hebreos, junto con el Evangelio de San Juan y su primera carta nos manifiestan con gran densidad cristológica cómo Jesucristo es la culminación y la clave de la historia de la salvación².

1 R. Latourelle, *Teología de la revelación*, Salamanca 1967, p. 9. “Dios, el Dios *viviente*, ha *hablado* a la humanidad. El término *palabra de Dios* se aplica (en la constitución conciliar) primariamente a la revelación, es decir, a esta primera intervención por la que Dios sale de su misterio, y se dirige a la humanidad para descubrirle los secretos de la vida divina y comunicarle su designio salvífico” (ib. p. 354).

2 “Recordad que por todas las Escrituras corre y se dilata una misma Palabra de Dios; que es un mismo Verbo el que resuena en la boca de todos los escritores sagrados: Aquel Verbo que, siendo

Antes de entrar en las diferentes formas de hablar Dios en la historia, cuyo enunciado conecta inmediatamente con el prólogo de la Carta a los Hebreos, y con el fin de situar más adecuadamente lo que diré más adelante, quiero indicar las características más salientes de la constitución *Dei Verbum* a saber, cristocéntrica, histórico-salvífica y personalista-dialogal³.

como era en el principio Dios en el seno de Dios, no necesita sílabas para expresarse, ya que no está sujeto al tiempo. Pero no debemos sorprendernos de ver que, condescendiendo con nuestra debilidad, se abaja hasta la dispersión de nuestros sonidos humanos, ya que se humilló también hasta tomar la fragilidad de nuestro cuerpo (Jn 1,1.14)” (San Agustín, *Enarraciones sobre los Salmos*, 103, sermón IV, 1). “Toda la Escritura divina forma un solo libro, y ese libro único es Cristo, ya que toda la Escritura divina habla de Cristo y toda ella se realiza en Cristo” (Hugo de San Víctor, *De arca Noe morali*, lib. 2, cap. 8).

3 En su excelente comentario afirma el padre H. de Lubac: «(El Concilio Vaticano II) sustituye ese cuadro de verdades abstractas por una verdad concretísima; la idea de la Verdad personal, aparecida en la historia, actuando en la historia y rigiendo todo el curso de la historia desde el seno mismo de la historia es la idea de esa verdad personificada, de esa “plenitud de la revelación”, que es Jesús de Nazaret. En este misterio de la “Economía” perfecta, en este “misterio de los misterios”, se resume todo el “misterio de la Economía del Dios viviente”» [*Comentario al capítulo I sobre la revelación*, en: *La Revelación Divina I* (ed. B.-D. Dupuy), Madrid 1970, pp. 228s.]. El mismo H. de Lubac cuenta en su obra *Memoria en torno a mis escritos* (Madrid 2000) p. 325 cómo el P. Dupuy le pidió que comentara la introducción y el capítulo primero de *Dei Verbum*, que aceptó gustosamente, porque le satisfacía el texto hondamente. Una vez escrito su largo y rico comentario, donde manifiesta con sus numerosas notas el carácter profundamente tradicional del bello capítulo, es decir, donde se escuchan abundantemente las voces de la historia de la Iglesia, tuvo interés en que lo “revisara el P. Pierre Smulders sj., holandés, quien con el Dr. Joseph Ratzinger había sido uno de los principales redactores de este capítulo”. J. Ratzinger, entonces joven teólogo y desde muy pronto autorizado teólogo, escribió en colaboración con K. Rahner estudios sobre temas fundamentales del Vaticano II. *Offenbarung und Überlieferung*, Quaestiones Disputatae, Freiburg, i. Br. 1965. *Episkopat und Primat*, ib. 1961. También con Rahner elaboró un esquema, “que se debe mucho más a la pluma de Rahner que a la mía” (*Mi vida*. Recuerdos (1927-1977) Madrid 1997, p. 104), titulado *Sobre la Revelación de Dios y del hombre realizada en Jesucristo*, puede verse en: *La Revelación Divina II* (Madrid 1970), pp. 311-325. Ratzinger se da cuenta de que a pesar de estar de acuerdo él y Rahner en muchos aspectos, “vivíamos desde el punto de vista teológico en dos planos diferentes”. “Su teología era más especulativa y filosófica; la mía estaba más marcada por la Escritura y los Padres, por un pensamiento esencialmente histórico”. No fue aceptado el esquema de Rahner. “Pero también el texto oficial fue rechazado por una exigua diferencia de votos. Así que se debía proceder a rehacer el texto. Después de complejas discusiones, sólo en la última fase de los trabajos conciliares se pudo llegar a la aprobación de la Constitución sobre la Palabra de Dios, uno de los textos más relevantes del Concilio, que por otro lado, no ha sido plenamente aceptado todavía” (p. 105). El mismo J. Ratzinger comentó

La revelación es la acción de Dios que se realiza a lo largo de la historia. Es la economía cristiana de la salvación, que tiene como vértice, momento culminante y dovela clave del arco a Jesucristo, Palabra definitiva e irrevocable. Toda la constitución presenta a la revelación como personal y dialogal. De modo que con las analogías de la palabra, del testimonio y del encuentro se puede ahondar en la naturaleza de la misma revelación⁴.

La manifestación de Dios, con sus etapas en la creación del mundo, en la vocación de Abraham, en la elección e historia del pueblo de Israel, “resplandece en Cristo mediador y plenitud de toda la revelación” (DV 2). Es mediador ya que es el Hijo de Dios hecho hombre; y es plenitud porque en El Dios personalmente se nos revela y entrega; Jesucristo es el Evangelio en persona; a El caminaba la historia de la salvación y desde El se anuncia la salvación a todos los hombres. La luz de Cristo ilumina la historia anterior y posterior, emite luz hacia el pasado y hacia el futuro.

La revelación posee una “estructura dialogal” y una “resonancia personalista”. Es muy fácil aducir numerosas muestras de esta dimensión interpersonal. “Quiso Dios en su bondad y sabiduría revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (cf. Ef 1,9)” (DV 2). “En esta revelación Dios invisible (cf. Col 1,15; 1 Tim 1,17), movido por su gran amor (ex abundantia caritatis suae) habla a los hombres como amigos (cf. Ex 33,11; Jn 15,14-15) y mora en ellos (cf. Bar 3,38) para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía” (DV 2). “Dios, creando y conservando todas las cosas por su Palabra (cf. Jn 1,3), ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí” (DV 3). Después que Dios habló muchas veces y de muchas maneras por los profetas, “últimamente, en estos días, nos ha hablado por su Hijo” (Heb 1,1-2) (DV 4). “Envió a su Hijo, la Palabra eterna, que ilumina a todos los hombres, para que habitara entre los hombres y les contara la intimidad de Dios (cf. Jn 1,1-18)” (DV 4). “En los libros sagrados el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos y habla con ellos” (DV 21). «A la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la ora-

este capítulo, *Dogmatische Konstitution über die göttliche Offenbarung*, en *Das zweite Vatikanische Konzil*, LTK 13, Freiburg im Br. 1986, pp. 497-483. El día en que se promulgó la Constitución, el 18 de noviembre de 1965, se contaron 2.344 *placet* y seis *non placet*. Así se terminó por unanimidad casi absoluta el debate indudablemente más decisivo y más laborioso del segundo Concilio Vaticano” (Dupuy, *Historia de la Constitución*, en: *La Revelación Divina I*, Madrid 1970, p. 132).

⁴ Cf. R. Latourelle, oc. pp. 403-418.

ción para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras” (DV 25).

La constitución sobre la revelación de Dios, sin perder fuste y hondura doctrinales, posee un estilo que la convierte en documento atractivo y de lectura espiritual. Igual que otros documentos del Vaticano II, es espiritualmente edificante, es decir, alimenta el espíritu, fortalece la fe y alienta en la vida cristiana. Lo cual está en conexión con la finalidad pastoral del Concilio, y en concreto de *Dei Verbum*: Escuchar la Palabra de Dios y proclamarla confiadamente “para que todo el mundo oyendo crea, creyendo espere y esperando ame” (DV1).

La resonancia personalista aparece, aparte de en los incisos que hemos recogido de *Dei Verbum*, en los términos utilizados frecuentemente: Palabra, conversación, diálogo, comunicación, participación, amistad, amor. “La revelación se nos presenta como iniciativa del Dios vivo, como manifestación de su misterio personal. Dios entra en relación de persona a persona con el hombre. El yo divino *interpela* al hombre, le *habla*, *dialoga* con él, le descubre los misterios de su vida íntima en orden a una comunión de pensamiento y de amor con las personas divinas. El hombre responde por la fe a esta iniciativa divina de amor y se entrega totalmente. Descrita así, la revelación se personaliza y a la vez personaliza”⁵.

La fe, por la que el hombre responde a la revelación de Dios, es inseparablemente entrega personal y asentimiento libre a lo que Dios revela. El carácter dialogal de la revelación se afirmó por primera vez en la tercera redacción de 1964 y se iría desarrollando y afianzando en el transcurso del acontecer del Concilio. La revelación es el encuentro de Dios con el hombre y del hombre con Dios.

De esta forma la riqueza del concepto de revelación –y consiguientemente el de fe se ensancha y ahonda, como puede mostrarse con la analogía de la palabra humana. El hombre cuando habla dice algo, se dice a sí mismo y habla a alguien. La palabra tiene un contenido, ya que cuenta un hecho, formula un pensamiento; es una interpelación, ya que se dirige a alguien y quiere provocar su respuesta; la palabra es, por último, manifestación de la intimidad personal, que nadie puede forzar desde el exterior. La palabra es una acción por la que una persona habla a otra, y se expresa a ésta para una comunicación⁶.

5 R. Latourelle, o.c.p. 389

6 “La palabra de Dios se proclama siempre en la palabra humana, y con ello la palabra natural del hombre es el medio de la palabra de Dios. En este esclarecimiento puede mostrarse cómo el len-

La dimensión personalista de la constitución *Dei Verbum* está en conexión y dependencia con la perspectiva trinitaria, que aparece muy clara en el proemio y capítulo I: Dios Padre se revela y comunica a los hombres por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo. *Dei Verbum* nos hace pensar en el comienzo sublime de los documentos conciliares *Lumen gentium* y *Ad gentes*, que parten del amor fontal de Dios, de su designio salvífico, de su misterio eterno manifestado y realizado en Cristo. Este anclaje en Dios, que decidió libérrimamente manifestarse y comunicarse, transparenta un matiz doxológico y de agradecimiento, que es como la fiesta gozosa de la memoria. Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó (cf. Ef 2,4), nos ha hablado. Nuestro Dios es un Dios que habla, que nos dirige la palabra. En la Palabra que es Jesús Dios rompe el silencio, cubre la distancia, entabla la comunicación. Jesús es la mano tendida de Dios a los pecadores. Al dirigirse a nosotros, nos llama a entrar en comunión con El. Somos interlocutores suyos por donación inmerecida. La revelación de Dios es “sobrenatural” y gratuita, no sólo por el contenido, que nosotros no podíamos sospechar, sino también por el hecho mismo de automanifestarse y autocomunicarse. Nosotros no podemos violentar su misterio ni arrebatarle por la fuerza el fuego sagrado. Revelación y acontecimiento de salvación van unidas, coinciden, son lo mismo⁷. El Dios invisible (cf. Col 15) se hace visible, palpable, tratable, audible... en Jesucristo. Quien ve a Jesús ve al Padre (cf. Jn 14,8-11). La revelación de Dios tiene sólo en su amor y sabiduría la causa, la fuente y el impulso originario. Para nuestra sorpresa y nuestra esperanza Dios nos habla como a amigos. El Dios eterno, infinito y todopoderoso, salva todas las distancias y se aproxima hasta hacerse uno de nosotros, el Hijo de Dios encarnado. El Dios trascendente, sin dejar de serlo, se hace inmanente, vive entre nosotros, compartiendo nuestra existencia humana, sufre con nosotros y por nosotros.

guaje humano, por su función lógica, estética y energética, ofrece los presupuestos para la proclamación de la palabra de Dios como verdad divina, acción divina y entrega de Dios mismo” (L. Scheffczyk, *Palabra de Dios*, en: *Sacramentum mundi*, 5, col. 153). En los *Lineamenta* para el Sínodo 10 se recuerda las funciones informativa, expresiva y vocacional de la palabra. K. Bühler, *Sprachtheorie*, Jena 1934, 2, pp. 28-33 distinguió un triple aspecto en la palabra, a saber, el contenido, la interpelación y el descubrimiento. La palabra tiene un contenido: Nombra un objeto, formula un pensamiento, cuenta un hecho (Darstellung). La palabra se dirige a alguien, le interpela y quiere provocar en él una respuesta; obra como una llamada (Appell, Auslösung). La palabra, por fin, es descubrimiento de la persona y manifestación de su interioridad (Ausdruck, Kundgabe). (Cf. R. Latourelle, oc.p. 404).

⁷ Cf. K. Rahner, *Wort Gottes*, en: LTK 10, col. 1238.

Pablo VI en la encíclica programática de su pontificado conectó el diálogo como actitud y forma de relación de la Iglesia con el mundo con la revelación de Dios, concebida fundamentalmente como diálogo. “La revelación, es decir, la relación sobrenatural que Dios en persona ha tomado la iniciativa de instaurar con la humanidad, puede ser representada como un diálogo en el cual el Verbo de Dios se expresa en la encarnación, y, por lo tanto, en el Evangelio... La historia de la salvación narra precisamente este largo y variado diálogo, que parte de Dios y entabla con el hombre múltiple y admirable conversación”⁸. La encíclica fue dada el 6 de agosto de 1964, en pleno acontecimiento conciliar; pues bien, Pablo VI recuerda que el Vaticano II está tratando esta perspectiva de la vida de la Iglesia en nuestro tiempo; y, efectivamente, en los documentos conciliares se refleja claramente la actitud dialogal que aprende la Iglesia en el diálogo iniciado por Dios con nosotros, que partió de la bondad divina al entregarnos a su Hijo (cf. Jn 3,16).

2. DE MUCHAS MANERAS NOS HA HABLADO DIOS

“En muchas ocasiones (polymerós) y de muchas maneras (polytropós) habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo” (Heb 1,1-2). Cristo es la culminación de la historia de la revelación que continúa en un sentido y en otro desborda: Jesús es la Palabra definitiva y total frente a las palabras intermitentes y fragmentarias. Escatológicamente, en los últimos días, Dios ha hablado de una vez para siempre por su Hijo, que es impronta de su ser y concededor de su intimidad. Consiguientemente, en Jesucristo, que entrega la vida por amor en la cruz, sabemos que Dios es amor, que así es Dios mismo. «Jesucristo, Verbo hecho carne, “hombre enviado a los hombres”, habla palabra de Dios (Jn 3,34) y realiza la obra de la salvación que el Padre le encargó (cf. Jn 5,36;17,4). Por lo cual, Jesucristo –ver al cual es ver al Padre (cf. Jn 14,9)– con su total presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos, finalmente con el envío del Espíritu de la verdad, llevando a plenitud la revelación, la perfecciona y

⁸ *Ecclesiam suam* 64. “Es preciso que tengamos siempre presente esta inefable y realísima relación de diálogo ofrecida y establecida con nosotros por Dios Padre, mediante Cristo, en el Espíritu Santo para comprender la relación que nosotros, esto es, la Iglesia debemos procurar establecer y promover con la humanidad” (n. 65). “La Iglesia debe entablar diálogo con el mundo en el que tiene que vivir. La Iglesia se hace palabra. La Iglesia se hace mensaje. La Iglesia se hace coloquio” (n. 60).

confirma con el testimonio divino” (DV4).

En el *Instrumentum laboris* para la próxima Asamblea del Sínodo de Obispos en el nº 9, titulado “La Palabra de Dios como un canto a varias voces”, o con palabras de los *Lineamenta* 10 “Palabra de Dios como una sinfonía”, recordando Heb 1,1, enumera y brevemente desarrolla cada una de esas “voces” en que resuena la Palabra de Dios; son las siguientes: a) La Palabra es el Verbo eterno de Dios, b) Dios crea el mundo con su Palabra, c) la Palabra se hizo carne, d) La Palabra de Dios es anunciada por los profetas y los apóstoles, e) la Sagrada Escritura es la Palabra de Dios fijada por escrito, f) La Palabra de Dios continúa siendo anunciada y escuchada en la historia de la Iglesia.

Para escuchar esta sintonía y concierto de “voces”, podemos remitirnos a *Dei Verbum* 3-4, 7 y 17. El Prólogo del Evangelio de san Juan a su vez recuerda también diferentes actuaciones de la Palabra de Dios (1,1-18): Creación, historia de la humanidad y de Israel, encarnación en Jesucristo, testimonio de Juan el Precursor y de los cristianos.

En esta multiplicidad de voces debemos tener siempre en cuenta que Jesús es mediador y plenitud de la revelación. “En el corazón de la Palabra de Dios está el misterio de Cristo”. En Jesucristo, Palabra de Dios encarnada, convergen las múltiples formas de Palabra de Dios, y de Jesús a través de la Iglesia y en la Iglesia prosigue su curso la Palabra de Dios siendo proclamada, escuchada, creída, meditada, orada, transmitida, vivida⁹. Por tanto, desde Cristo miramos a la Palabra de Dios en la creación, en los profetas, en la historia de Israel; y desde Cristo miramos a la Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia, y en la historia de la humanidad, ya que Dios nunca nos deja sin señales de su presencia y de su amor.

En la Vigilia pascual son proclamadas diversas lecturas del Antiguo Testamento (creación, sacrificio de Abraham, paso del mar Rojo, palabras proféticas) y del Nuevo Testamento (anuncio de la resurrección, bautismo). Junto al ambón desde donde se proclama la Palabra de Dios está encendido el cirio pascual, signo de Jesucristo resucitado, que con su luz ilumina la Palabra de Dios desde el principio. Jesús resucitado, como a los discípulos de Emaús nos ilumina las Escrituras (cf. Lc 24,27; cf. v. 45). Las oraciones después de cada lectura y el

⁹ *Instrumentum laboris* 11: “La relación sustancial entre la Palabra de Dios y el misterio de Cristo se configura, de este modo, en la Revelación como anuncio y en la historia de la Iglesia como profundización inagotable”.

correspondiente salmo contemplan desde Jesucristo vencedor de la muerte la historia de la salvación y la hacen converger en Cristo y en la Iglesia, que celebra orando, escuchando y vigilando la noche santa de la resurrección del Señor. Así se ve claro que no sólo el Nuevo Testamento se ha escrito y tiene sentido desde la fe en Jesucristo, sino también el Antiguo Testamento habla de Jesucristo, por lo cual “desconocer la Escritura es desconocer a Cristo” (cf. DV 25); y también cómo por la unidad en Jesucristo el Nuevo Testamento está encubierto en el Antiguo Testamento y éste se descubre en el Nuevo (cf. DV 16). El mismo Jesús invitó a los judíos a escrutar las Escrituras, que hablan de El (cf. Jn 5,39; 8,56).

Me detengo a continuación en algunas actuaciones de la Palabra de Dios en la historia. En todo lo que sigue se supone que Jesucristo es mediador y plenitud de la revelación; Palabra encarnada y definitiva de Dios.

a) Palabra de Dios y creación

“En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuando se ha hecho” (Jn 1,1-3. cf. Col 1,16. Gén 1,1-2). Sobre el “caos informe” (tohu-bohu = “desierto y vacío”) la Palabra soberana de Dios y su poderoso Aliento (“las dos manos de Dios, como dijo san Ireneo) actúan ordenando y embelleciendo para que ocupe cada criatura su lugar, conforme al designio divino. En lugar de la forma nominal “Palabra de Dios”, que aparecerá más tarde en la Sagrada Escritura, el texto bíblico reitera aquí la expresión verbal “dijo Dios”, pero ambas formas son coincidentes en el contenido.

A partir de la fe de Israel, configurada en la historia del éxodo y de la alianza, donde el pueblo experimentó el poder salvífico de Dios, la creación será como la proyección hacia el pasado del poder de Dios, y como el primer hecho de la historia de la salvación. Dios es el único dueño de todos los pueblos y todas las cosas. Al terminar el destierro de Babilonia, la omnipotencia creadora de Yavé es fundamental en el mensaje del Déutero-Isaías. Dios es tan poderoso para salvar que es el creador de todo. Dios, que llama a cada estrella por su nombre (cf. Is 40,26) y cuya diestra extendió los cielos (cf. Is 48,13), devuelve a los cautivos como en nuevo éxodo a la tierra de Israel: “Sí con alegría saldréis, y en paz seréis traídos” (Is 55.12).

A medida que Dios iba creando, según el relato de Gén 1,1 ss., mostraba su satisfacción por lo realizado: “Vio Dios que era bueno”. La creación entera lleva el

sello de la bondad y sabiduría divinas. La creación es como un “libro” cuyas “páginas” si las leemos adecuadamente nos hablan de la grandeza y hermosura de Dios. En la creación Dios ofrece un testimonio perenne de sí mismo (cf Rom 1,19-20). Todo narra la gloria de Dios (cf. Sal 19,1). O como cantó San Francisco de Asís: “lleva (el sol) por los cielos noticia de su autor”. La investigación, que descubre las maravillas escondidas, debe conducir a la pregunta, admiración y reconocimiento de quien lo hizo. Ciertamente nosotros no lo hemos creado y decir que existe por azar parece poco serio. En el universo hay inserta una sabiduría, un orden, una armonía, una música, una estabilidad, una ley, una palabra, un mensaje, que debemos escuchar, acoger y respetar. Atenernos a la creación, que es don, casa y encargo de Dios, nos sitúa en nuestro propio puesto. La fe en Jesucristo, “Primogénito de toda la creación” y “Primogénito de entre los muertos” (cf. Col 1,15.18), nos potencia la mirada de los ojos, del corazón y de la mente para contemplar el mundo en su verdad, bondad y belleza, y para contemplar la primera creación al resplandor de la segunda, cuyas arras es la resurrección de Jesucristo¹⁰.

Porque el mundo ha sido creado por la Palabra (Logos) de Dios, posee una ordenación, una elocuencia y un sentido internos, que por bien de la humanidad no debemos violentar ni pretender cambiar, sino respetar y conocer cada día mejor para que cumpla la finalidad dada por el Creador, a saber, servir al hombre (cf. Gén 1,28-29). En este orden de cosas, quiero recordar sólo la obligación de cuidar la naturaleza y no despilfarrar los recursos de la misma con perjuicio de muchos hombres y mujeres de hoy y de las generaciones futuras. ¿Qué implica lo que llamamos ley natural? ¿No hay una realidad humana fundamental que, igual que los astros con sus órbitas tiene su ley? E. Kant se admiraba del cielo estrellado sobre nuestras cabezas y de la ley moral inscrita en la conciencia¹¹. No sólo en el cosmos existe un orden immanente; también en el hombre autoconsciente, libre, social, abierto al futuro y es-

10 El hombre que ha sido creado en Cristo recibe en Cristo la salvación. “Cristo imagen de Dios invisible, es el modelo del hombre. Dios modela al primer Adán con los rasgos que en su momento revestirá el segundo... Puesto que toda la creación se ha realizado en Cristo y por Cristo, no hay ningún hombre que le sea del todo ajeno y que no esté tocado por su luz (cf. Jn 1,9)... El Nuevo Testamento nos invita a abarcar en una sola mirada la mediación creadora y la de la salvación (cf. Col 1,15-20). Las dos se implican mutuamente. Nos puede salvar y llevar a la plenitud quien está en el origen de cuanto somos, y a la vez este origen está pensado desde siempre con la mirada puesta en la perfección final del Resucitado” (L. F. Ladaria, *Jesucristo, salvación de todos*, Madrid 2007, p. 16).

11 Cf. *Lineamenta*, n. 10. Necesitamos, ha dicho el Papa últimamente, “mayor sentido de la relación intrínseca entre el Evangelio y la ley natural”.

píritu encarnado hay una ley que lo regula y ordena desde dentro por la razón.

Benedicto XVI en el discurso inaugural de acogida de los jóvenes en el Muelle de Barangaroo, Sydney, habló de las “heridas que marcan la superficie de la tierra: la erosión, la deforestación, el derroche de recursos minerales y marinos para alimentar un consumismo insaciable”. Y más adelante dijo: También el entorno social, el *hábitat* que en parte formamos nosotros mismos, tiene sus “heridas que indican que algo no está en su sitio. También en nuestra vida personal y en nuestras comunidades podemos encontrar hostilidades peligrosas; un veneno que amenaza corroer lo que es bueno, modificar lo que somos y desviar el objetivo para el que hemos sido creados”. Dios ha sometido la creación al dominio del hombre (cf. Gén 1,28), pero este dominio no es prepotencia, sino ejercicio razonable del encargo recibido bajo la autoridad suprema de Dios.

b) Palabra de Dios y profetas

Las tradiciones patriarcales (cf. Gén 12,1: “Yahvé dijo a Abrán: “sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre, hacia la tierra que yo te mostraré”) y la memoria que Israel conserva de su nacimiento como pueblo en el desierto (Ex 19,3-9): “Dios dijo a Moisés... Tú dirás a los israelitas... Si de veras escucháis mi voz, seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos... Todo el pueblo, a una, respondió: Haremos todo cuanto ha dicho el Señor. Moisés comunicó la respuesta del pueblo al Señor”) “imponen la imagen de un Dios que habla... Palabra de Dios no es aquí una metáfora o un modo de decir”¹². A diferencia de los ídolos que “tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen, tienen nariz y no huelen” (Sal 115,5-6), Yahvé es un Dios que habla, ve, escucha y aspira el perfume de la ofrenda de sus fieles. El es el Dios viviente.

«El profeta es, desde los orígenes, el hombre que se presenta portador de una palabra: “Así habla el Señor” (cf. Juec 4,8; 1 Sam 3,18; 2 Sam 7,5; 12,7.11; 1 Re 2,19). La palabra ocupa tal función en la experiencia profética que frecuentemente se la designa con una expresión: “La palabra del Señor fue dirigida...” (Gén 15,1; Os 1,1; Jer 1,2; Joel 1,1)»¹³. El profeta bíblico, que es el hombre de la palabra, la presenta no como suya sino como “palabra de Dios”, como palabra recibida y confiada para comunicarla.

12 J. Guillet, *Parole de Dieu*, en: Dictionnaire de Spiritualité 12, col 241.

13 Ib. Col. 241. Esta expresión, según G. von Rad, aparece hasta 123 veces.

La Palabra de Dios tiene lugar fundamental en la literatura profética. «Aquí está la raíz del desarrollo teológico de la representación “palabra de Dios”»¹⁴. La transmisión de la palabra recibida de Dios no sólo contiene una función noética e intelectual sino insiste particularmente en la fuerza transformadora de la historia como realización de las decisiones divinas. La Palabra de Dios encomendada al profeta “no sólo anuncia, pone también en acción lo anunciado (Jer 1,10; 5,14; Os 6,5), sea salvación (Jer 30 a.) o juicio (Jer 26, 4ss.). Mientras está pendiente el cumplimiento seguro (Deut 18,22; Jos 23,15; Is 46,10; Ez 12,21 ss), ella acompaña como promesa o amenaza que señala el camino de Israel”¹⁵.

c) Palabra de Dios y Sagrada Escritura

“La Sagrada Escritura contiene la Palabra de Dios, y en cuanto inspirada es verdaderamente Palabra de Dios” (DV 24). El que las palabras en las que se escuchaba la voz de Dios hayan sido puestas por escrito es un proceso normal. Como fue puesto por escrito el estatuto de la alianza (cf. Ex 24,4. 12; 31, 18; 32,15; 34,27 ss), para que Israel tuviera siempre ante los ojos el fundamento y la peculiaridad de su historia y para que actuara en consecuencia (cf. Deut 4,2 5ss; 8, 11; 31,9.24ss); también se consignaría por escrito la obra de los profetas (cf. Is 30,8; Jer 36,1s; Heb 2,2 s.), ya que es permanente exhortación y orientación¹⁶.

Una palabra confiada a la escritura asegura su permanencia, ya que la palabra hablada puede ser más penetrante, pero es más volátil e insegura. Y en nuestro caso la identidad de la palabra a través del tiempo debe servir a garantizar la identidad del Dios revelado, la fidelidad del hombre y del pueblo a El y la permanencia de la misma fe; el que estos escritos sean incorporados a la misma Escritura acrecienta su autoridad. Y puede decirse que la formación del canon escriturario es el remate de este movimiento.

A diferencia de la Ley que viene dada en tradiciones religiosas y culturales, costumbres y normas, en el caso de la palabra de los profetas, la puesta por escrito desempeña un papel irremplazable e inmediato, ya que “sin la escritura, no quedaría casi nada de los profetas”. La expresión “profetas-escritores” está justificada, ya que de hecho su palabra fue puesta por escrito y esta “consignación

14 L. Schffczyk, a.a. col 148.

15 E. Schick, *Wort Gottes*, en: LTK 10, col 1233.

16 Cf. E. Schick, LTK, col 1233.

parece formar parte de su mensaje, pues la escritura interviene, efectivamente, cuando la palabra proferida por el profeta no ha recibido su cumplimiento” (cf. Is 8,16-17)¹⁷. La palabra del Apóstol fijada por escrito es también Palabra de Dios (cf. 2 Tes 2,2.15; Apoc 19,9; 21,5; 22,6), que no debe ser cancelada ni falsificada añadiendo algo o suprimiendo algo.

La Escritura en cuanto testimonio de la Palabra de Dios no se identifica lisa y llanamente ni con la revelación de Dios ni con la Palabra de Dios; “la consignación en un documento bíblico es sólo un momento hacia una nueva revitalización de la Palabra de Dios en la predicación, donde renace la vitalidad originaria de la Palabra de Dios pronunciada por los apóstoles¹⁸. La Palabra de Dios alcanza su plena actualización cuando es proclamada por la Iglesia, por los enviados (cf. Rom 10,15), y cuando es acogida como Palabra de Dios (cf. 1 Tes 2,13). “La palabra no es totalmente palabra más que cuando se establece entre el que habla y aquel a quien habla una comunicación profunda y transparente”¹⁹. El Espíritu Santo “aposenta” (San Juan de la Cruz) la Palabra de Dios en nosotros, apropiándola, personalizándola, recordándola, abriendo el corazón para entenderla y la vida para practicarla. La Palabra de Dios no es un depósito inerte, sino fuerza viva en la Iglesia y con la Iglesia (DV 8).

Las oraciones contenidas en la Biblia –salmos, cánticos y otras formas oracionales diseminadas en los libros sagrados– son también Palabra de Dios, porque nacen de ella, son su eco y respuesta de los destinatarios. La plegaria es signo de que la Palabra de Dios ha sido escuchada y es efecto suscitado por su acogida. En la oración responde el hombre dialogando con Dios que le habla.

d) Palabra de Dios e Iglesia

¹⁷ Guillet, a.c. col. 246.

¹⁸ L. Scheffczyk, a.c. col. 154.

¹⁹ Guillet, a.c. col. 250. «Las Escrituras son el testimonio esencial de la revelación, pero la revelación es algo vivo, más grande, que, para que sea tal, debe llegar a su destino y debe ser percibida; si no, no se produciría “revelación”» (J. Ratzinger, *Mi vida* o.c.p 103). “Los sujetos del evento de la Palabra de Dios son Dios, que la anuncia, y el destinatario, persona y comunidad. Dios habla, pero sin la escucha del creyente la Palabra se muestra dicha, pero no recibida. Por ello, se puede decir que la revelación bíblica es el encuentro entre Dios y el pueblo en la experiencia de la única Palabra y que entre ambos hacen la Palabra. La fe obra, la Palabra crea” (*Instrumentum laboris* 23).

La Palabra de Dios es inseparable de la persona de Jesús. Anunció el Reino de Dios, que se hacía presente en su palabra, en sus acciones, en el trato con los pobres, débiles, afligidos y pecadores (cf. Mt 11,2-6; 12,38; Mc 8,38). Más aún, Jesús es la Palabra creadora de Dios, la Palabra dirigida a todo hombre que viene a este mundo, la Palabra encarnada, la Palabra de Dios en persona.

Jesucristo, Palabra de Dios, continúa en la misión de la Iglesia, que la escucha y proclama (cf. DV 1). La Sagrada Escritura está en el corazón y en las manos de la Iglesia como una carta que Dios le ha enviado, que debe leer todos los días. Sólo desde el reconocimiento de Jesucristo como la única y definitiva Palabra encarnada de Dios, y como servicio testimonial y homenaje de agradecimiento a esta Palabra por parte de la Iglesia se comprende la prolongación de la Palabra de Dios en su predicación, sacramentos y caridad. La predicación de la Iglesia es “servicio a la Palabra” (Act 6,4) y testimonio de lo que dijo, hizo y es Jesucristo (cf. Act 1,1ss.). En la predicación apostólica es proferida y actuada la definitiva Palabra de Dios (Act 4,29.31; 8,25; 13,5. 46;15,25,36; 1 Tes 2,13; Act 19,20; Rom 1,16; 1 Cor 1,18). Los mensajeros deben ser fieles a la transmisión de la Palabra pronunciada por Dios al mundo (cf. Lc 1,1-4; 1 Cor 4,1 ss; 2 Cor 4,2; Tit 1,9). Para cumplir esta tarea son ilustrados y guiados por el Espíritu Santo (cf. Jn 14,26; 15,26; 16,13 s.). La Iglesia, por una parte, debe y puede por la capacitación recibida del Señor custodiar celosamente e interpretar auténticamente la Palabra de Dios; y, por otra, debe escucharla obedientemente y anunciarla servicialmente.

El apóstol Pablo ha desarrollado intensa y abundantemente el sentido de la Palabra de Dios, tanto por las expresiones usadas como por las perspectivas que abren. Utiliza la noción *Palabra de Dios* (cf. 1 Cor 14,36; 2 Cor 2,17; 4,2; Fil 1,14); y también *la Palabra* en absoluto (cf. Gál 6,6; col 4,3; 1 Ted 1,6). Para designar la misma realidad usa la expresión *Palabra de Cristo* (Col 3,16) o *Palabra del Señor* (1 Tes 1,8; 2 Tes 3,1). Otras denominaciones pueden reemplazar a la Palabra de Dios: *Evangelio de Dios* (Rom 15,16; 1 Cor 1,17) o simplemente *Evangelio* (Rom 1,16; 10,16; 11,28; 1 Cor 4,15) o *Evangelio de Cristo* (Rom 15,19; 1 Cor 9,12; Gál 1,7). En estas últimas expresiones se subraya el carácter de anuncio que posee la Palabra de Dios; a la noción de Evangelio está próxima la palabra *Kerygma* (1 Cor 1,21.23; 2,4; 2 Cor 4,5; Gál 2,2; Col 1,23), ya que la Palabra de Dios se manifiesta como una proclamación pública. La Palabra de Dios se presenta también como una *Enseñanza* (Rom 12,7; 16,17; Ef 4,21; Col 2,7; 2 Tes 2,15) y como un *Testimonio de Dios y de Cristo* (1 Cor 2,1; 1,6; 15,15). La Palabra de Dios llega con la palabra del Apóstol, ya que se le ha confiado como a emba-

jador y ministro; pero aquella Palabra y este servicio requieren que el apóstol les entregue su persona. En este sentido Palabra del Señor significa no sólo el origen de la Palabra en el Señor sino también la Palabra en la que Jesucristo se comunica a los hombres²⁰.

Siguiendo el Evangelio de Juan, se puede establecer una relación muy sugerente entre Jesucristo, el Espíritu Santo y la Iglesia. “La última palabra de Jesús al morir (cf. 19,30) y la primera del resucitado (20,22) se encuentran. Los dos verbos, el de la expiración al morir (*paredôken*) y el de la insuflación (*enephusesen*) sobre los apóstoles poseen un alcance simbólico profundo. El último suspiro de Jesús, y el primer sople de Jesús resucitado tienen por contenido un don, un don vivo que penetra y hace vivir: El Espíritu Santo. Entre los dos, el episodio del costado abierto que deja correr la sangre y el agua (Jn 19,33-35) descubre la fuente de este don, el corazón traspasado, y evoca el lugar donde es ofrecido: el agua del bautismo y la sangre de la Nueva Alianza. En pocas palabras Juan pone de relieve el vínculo estrecho que une la Palabra, el Espíritu y los gestos de la Iglesia”²¹.

La Carta a los Hebreos, comparando las dos alianzas, exalta la “palabra” que pronuncia la sangre de Cristo, mediador de la nueva alianza, en contraposición al clamor de la sangre de Abel; (cf. Gén 4,10) ésta exige venganza, aquella pide perdón. Vosotros os habéis acercado “al Mediador de la alianza, Jesús, y a la aspersion purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel” (12,24)²².

Jesús es la Palabra eterna de Dios, Palabra hecha carne, Palabra convertida en alimento en la Eucaristía y Palabra que habla en las Escrituras. Con la actua-

20 H. Schlier, *Die Stiftung des Wortes Gottes nach dem Apostel Paulus*, en: *Das Ende der Zeit*, Freiburg im Br. 1972, pp.151-168.

21 Guillet, a.c. col. 249s.

22 El padre A. Vanhoye entrevistado por Gianni Valente a propósito del próximo Sínodo (30 Giorni, n. 6-7 de 2008) dice entre otras cosas: No se debe identificar la Palabra de Dios con la Biblia, ya que ésta es texto escrito y aquella es más rica. Nuestra fe no es religión de Libro sino de la Palabra de Dios. Y pone un ejemplo: «Es estimulante también la expresión de la Carta a los Hebreos donde se dice: Ahora hay una sangre que habla “con voz más elocuente que la de Abel”. La Palabra de Dios se ha hecho sangre derramada. Y habla de una oferta de amor que vence todos los obstáculos al amor. Si uno dice: Palabra de Dios, la fórmula puede transmitir una idea intelectual. Pero si dice que es una sangre que habla, se comprende que no se trata de un discurso, de un razonamiento”».

ción del Espíritu Santo podemos recibir siempre en el amor y la fe a Jesús Palabra de Dios como sustento, luz y fuerza; su acogida nos emplaza a anunciarla con la predicación, los sacramentos y el amor.

En relación con este apartado de Palabra de Dios e Iglesia quiero referirme a algunas cuestiones que en la vida de la Iglesia y en su misión en el mundo poseen una particular relevancia.

- Evangelio y signos de los tiempos

La revelación de Dios acontece en la historia de la humanidad en conexión íntima entre obras y palabras; ni las obras son mudas ni las palabras son mero “flatus vocis” o címbalo que retiñe. Las obras son elocuentes y las palabras son acontecimiento. La Palabra de Dios y su acción se manifiestan en la palabra y en la historia hermana. También en la evangelización deben caminar unidas las obras que respaldan las palabras y las palabras que manifiestan el sentido de las obras. La vida entera de la comunidad cristiana debe convertirse en anuncio del Evangelio (cf. Act 2,42-47); así como Jesús había enseñado y actuado (Act 1,1). Evangelizar implica predicar el Evangelio y también realizar sacramentalmente la obra de la salvación. Por la unión estrecha entre obras y palabras podemos decir que los santos son el mejor comentario del Evangelio vivido en la existencia cotidiana; su ejemplo son para nosotros luz, sendero y estímulo.

Dios siempre emite señales en la historia, aunque en ocasiones sean tenues y nos falte sensibilidad para percibir las. ¿Calla Dios o somos nosotros sordos? El Concilio Vaticano II nos urgió a escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio. Signos de los tiempos son los rasgos que caracterizan una determinada época, una concreta situación histórica de la sociedad, acontecimientos de gran trascendencia socio-cultural, aperturas u opacidades de una generación para conectar con la realidad de la fe en Dios. Si las características de la coyuntura histórica son numerosas, profundas y rápidas, como ocurre actualmente, puede la Iglesia experimentar una especie de perplejidad, que en gran medida le viene inducida de las incertidumbres de la sociedad y de la situación de la humanidad. La posible y aconsejada “reubicación” de la Iglesia es lenta y costosa y exige búsqueda conjunta y diálogo abierto. Los signos de los tiempos pueden ser oportunidades abiertas al Evangelio o desafíos que se le plantean; por ejemplo, signo de los tiempos es la globalización, signo de los tiempos es la aceptación social del aborto, y signo de los tiempos fue la caída del

muro de Berlín.

El discernimiento de su alcance y el sentido para la vida y la misión de la Iglesia debe hacerse a la luz del Evangelio, de la Palabra que es Jesucristo, el mismo ayer, hoy y para siempre (cf. Heb 13,8). “El Pueblo de Dios, movido por la fe, por la cual cree que es guiado por el Espíritu Santo del Señor, que llena el orbe de la tierra, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos que comparte con sus contemporáneos, cuáles son los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios”²³. La Palabra de Dios ha de ser leída también en los eventos de la historia y en los signos de los tiempos a través de los cuales Dios no cesa de manifestarse. En cada situación histórica la providencia de Dios nos señalará cómo articular en la evangelización las obras y las palabras; puede ocurrir que circunstancialmente el amor traducido en obras sea casi nuestra única palabra, sin que signifique repliegue cobarde de la proclamación del Evangelio.

- *La Palabra que viene del silencio y en silencio debe ser escuchada*

San Juan de la Cruz ha puesto de relieve genialmente a Jesucristo como Palabra definitiva y total de Dios; y al mismo tiempo nos ha dado orientaciones para que la escuchemos en el silencio y en la auténticamente libre disponibilidad del corazón.

Como ocurre frecuentemente en los grandes maestros, al enfocar una cuestión determinada imparten una enseñanza excelente. El caso de San Pablo es paradigmático: A partir de situaciones concretas de sus comunidades eleva la mirada para emitir una luz potentísima (cf. Rom 14, 1 ss.; 1 Cor 5,1 ss; 1 Cor 10,14 ss; 1 Cor 15, 1 ss.; 2 Cor 8, 1ss).

Pues bien, San Juan de la Cruz responde a quienes ponen una desmedida confianza en las visiones, revelaciones y locuciones extraordinarias que en la “era de la gracia” no debemos preguntar por manifestaciones particulares para orien-

²³ *Gaudium et spes*, 11. Cf. n. 4ss. *Presbyterorum ordinis*, 9; *Unitatis redintegratio* 4; *Dignitatis humanae* 15.

²⁴ *Subida al Monte Carmelo*, II, cap. 2,3. Este capítulo es el verdadero eje de toda la *Subida*. Resueñan en sus palabras Mt 17,5 y Col 2,3,9, además de Heb 1,1. He aquí algunos párrafos: Lo que antes Dios hablaba en partes lo habla enteramente “dándonos al Todo, que es su Hijo” (n. 4). Buscar revelaciones particulares es una necesidad e incluso un «agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sino querer otra novedad. Porque le podría responder Dios de esta manera, diciendo: “Si te tengo habladas todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo

tarnos en el camino cristiano. Remitiendo al prólogo magnífico de la Carta a los Hebreos escribe: “En darnos, como nos dio a su Hijo, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar”²⁴.

En otro lugar San Juan de la Cruz enseña de dónde procede la Palabra de Dios y cómo debe ser escuchada, a saber, viene del silencio y en silencio debe ser acogida. “Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma”²⁵. Jesús es Maestro por lo que dijo e hizo y por lo que hizo en silencio. Jesús, Palabra eterna de Dios que procede del silencio eterno, enseña tanto con las palabras como con el silencio, cuando habla y cuando calla. ¡Con qué dignidad calló en la pasión (cf. Mc 14,60-61)! ¡ Y con qué autoridad habló al mar y le obedeció (cf. Mc 4,39)!

Siguiendo a Jesús debemos aprender a hablar y a callar. Ser discípulos de la Palabra comporta también el silencio, la acogida, la escucha, ya que la palabra no es permanente ruido. La Palabra que viene de la intimidad de Dios sabe alternar

otra, ¿qué te puedo yo ahora responder o revelar que sea más que eso? Pon los ojos sólo en él, porque en él lo tengo todo dicho y revelado, y hallarás en él aún más de lo que pides y deseas. Porque tú pides locuciones y revelaciones en parte y, si pones en él los ojos, la hallarás en todo; porque él es toda mi locución y mi respuesta, y es toda mi visión y toda mi revelación. Lo cual os he ya hablado, respondido, manifestado y revelado, dándoosle por Hermano, Compañero, Maestro, Precio y Premio». “Si quisieres que te respondiese yo alguna palabra de consuelo, mira a mi Hijo sujeto a mí y sujetado por amor, y afligido, y verás cuántas te responde. Si quisieres que declare yo algunas cosas ocultas o casos, pon sólo los ojos en él, y hallarás ocultísimos misterios, y sabiduría, y maravillas de Dios, que están encerradas en él” (n. 6). El final del capítulo presenta otra perspectiva. Después de haber insistido San Juan de la Cruz en la Revelación de Dios en Jesucristo, recomienda que quienes gustan de revelaciones y locuciones sean por un lado instruidos en la doctrina clara y por otro sean animados a desprenderse de ellas “con mucha benignidad y sosiego” “sin desabrimiento ni desprecio”. Juan de la Cruz une el magisterio del teólogo y la flexibilidad del padre espiritual.

25 *Dichos de luz y amor* 99. Estas palabras de San Juan de la Cruz nos recuerdan otras también inspiradas de San Ignacio de Antioquía: “Dios se manifestó a sí mismo por medio de Jesucristo, su Hijo, Palabra suya, que procedió del silencio, y de todo en todo agradó a Aquel que le había enviado” (*Ad Magn.* 8,2). Y en otra carta escribe el mismo San Ignacio de Antioquía: “Más vale callar y ser que hablar y no ser. Bien está el enseñar, a condición de que quien enseña, haga. Ahora bien un Maestro hay que dijo y fue. Mas también lo que callando hizo son cosas dignas de su Padre. El que de verdad posee la Palabra de Jesús, puede también escuchar su silencio, a fin de ser perfecto. De esta manera, según lo que habla, obra; y por lo que calla es conocido” (*Ad Eph.* 15,1-2).

el hablar y el callar. Procede del silencio y retorna al silencio, que es como la morada fecunda de la Palabra. María, Madre y Discípula de Jesús, recibió la Palabra de Dios, la meditó en el corazón y la alumbró en Belén (cf. Lc 1,38; 2,6-7; 2,19.51); junto a la cruz de Jesús, en silencio, sin pronunciar palabra, se unió íntimamente a la entrega de su Hijo por amor (cf. Jn 19,25-27). También el sabio observa y concluye que hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar (cf. Ecle 3,7).

Existe un silencio que precede a la Palabra para que sea escuchada con apertura de espíritu (cf. Is 41,1; Hab 2,20; Sof 1,7; Zac 2,17; Sab 18,14-15), hay una palabra que interrumpe el silencio del hombre porque Dios habla (cf. Deut 6,4) y hay un silencio meditativo que prolonga la palabra. En el dinamismo de palabra y silencio transcurre la historia de la salvación, su actualización en la liturgia y la realización en la existencia de los discípulos.

La revelación de Dios acontece en la historia, según el designio divino y la “economía del misterio”, oculto eternamente en el silencio de Dios y manifestado ahora en Jesucristo para toda la humanidad. Pablo anuncia el Evangelio, por el que da a conocer que los paganos son también partícipes de las promesas de Dios cumplidas en Jesucristo (cf. Rom 25-27; Ef 3, 1ss.; Col 1,24 ss.)²⁶.

- *“Hablas que hace Dios al alma” (Santa Teresa de Jesús)*

Santa Teresa de Jesús ha testificado en sus escritos que el Señor le hablaba también de una manera íntima e inconfundible; y ha dado criterios para discernir cuándo estas “hablas” podían proceder de sí misma, del demonio o del Señor. Su condición de mujer sincera y auténtica, es decir, no quería engañar a otros y deseaba ser leal consigo misma escrutando los fenómenos místicos hasta el fondo, inclina a darle crédito, a tomar en consideración lo que narra de lo acontecido en su interior.

En medio de fatigas, perplejidades y persecuciones, el Señor a veces le decía: « “No hayas miedo, hija, que yo soy y no te desampararé, no temas”... »

26 Cf. Y. de Andía, *Mística y liturgia. Retorno al misterio en el siglo del Vaticano II*, en: Dios y el hombre en Cristo. Homenaje a Olegario González de Cardedal, Salamanca 2006, p. 477: «El misterio es el cumplimiento en Cristo de un designio de Dios escondido primero, y luego manifestado a los hombres. Tal es el sentido paulino del misterio. San Pablo anuncia el Evangelio predicando a Jesucristo “según la revelación de un misterio escondido en silencio durante una eternidad, pero manifestado ahora y llevado a conocimiento de todos los pueblos” (Rom 16,25-26)».

Heme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz que en un punto vi mi alma hecha otra, y me parece que con todo el mundo disputara que era Dios. ¡Oh, qué buen Dios! ‘Oh, qué buen Señor y qué poderoso! No sólo da el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras. ¡Oh, válgame Dios, y cómo fortalece la fe y aumenta el amor!’»²⁷. La Palabra de Dios es viva y permanente (cf. 1 Ped 1,23); viva y eficaz, más cortante que una espada; penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón (cf. Heb 4,12). Es como una punzada que despierta al hombre adormecido para que busque a Dios.

Por el Espíritu Santo la Palabra del Señor penetra singularmente en el hombre y queda como ungida y sellada en su corazón. ¿No es verdad que en ocasiones, después de haber reflexionado y pedido luz a Dios, se ven con claridad especial cómo son las cosas, qué significa un acontecimiento determinado, qué decisiones se deben adoptar, qué conviene decir y hacer? Esta claridad supera los resultados de los análisis y estudios; es recibida como una intuición penetrante, que siembra certidumbre y seguridad. ¿No son mociones, “hablas” y percepciones del Espíritu que señalan los caminos de Dios aquí y ahora, en este quehacer y situación concretos? El Espíritu Santo, según la promesa de Jesús, va guiando a sus discípulos a la verdad plena (cf. Jn 14,16-17; 25,26; 15,26; 16,12-13). El Papa en París en el discurso a los representantes de la cultura, el día 12 de septiembre, después de citar unas palabras de San Pablo: “La letra mata pero el Espíritu da vida” (2 Cor 3,6), hizo una reflexión muy pertinente en la actualidad. El Espíritu Santo interioriza en nosotros la Palabra de Dios, superando la tensión entre el

27 *Libro de la Vida* cap. 25,18. Las palabras escuchadas por Santa Teresa recuerdan las palabras de Jesús (cf. Mt 14,27; Lc 24,36; Jn 14,18) a sus discípulos. En otro lugar describe así los efectos de esas palabras: “Quedaba del todo sana como si no hubiera tenido nada”. “No me parece sino que sale el alma del crisol como el oro, más afinada y clarificada, para ver en sí al Señor. Y así se hacen después pequeños estos trabajos con parecer incomfortables, y se desean tornar a padecer, si el Señor se ha de servir más de ello” (ib. cap. 30,14. cf. ib. cap 26,2.). A Santa Teresa importa ante todo que, además que vayan “muy conformes con la Escritura”, estas palabras aprovechen a ser “mejores”. Experimenta en su vida que tales hablas traen consigo “poderío y señorío”, ya que otorgan luz, certidumbre, sosiego, paz, comunión con Dios, invitación a la alabanza, permanencia en la memoria. Cf. *Moradas Sextas*, cap. 3,4-7. San Juan de la Cruz en *Subida al Monte Carmelo* II, caps. 28-31 hace un discernimiento de estas palabras. De las que llama *palabras sustanciales* escribe: “El dicho de Dios y su palabra, como dice el Sabio, es llena de potestad (Ecle. 8,4), y así hace sustancialmente en el alma aquello que le dice” (31,1).

subjetivismo y la arbitrariedad por una parte y el fanatismo fundamentalista por otra, ya que la libertad del Espíritu es saludablemente compatible con “el vínculo del entendimiento y del amor”. El Espíritu de la libertad es el mismo Espíritu de la verdad y del amor (cf. Gál 5,13).

Santa Teresa de Jesús recibió el carisma de fundadora, en una situación hipersensible ante los contemplativos y el protagonismo de las mujeres; ella estuvo siempre muy atenta a las llamadas personales que el Señor le iba dirigiendo y respondió con fidelidad, decisión y valentía. Como su itinerario no era un camino trillado, fácilmente aparecían los celos y las incomprensiones; en este contexto se puede apreciar mejor la importancia de las “hablas” del Señor. Fue una mujer carismática que honradamente buscó siempre el discernimiento de los dones recibidos a la luz de la Palabra de Dios, con la ayuda de teólogos y santos, obedeciendo a sus superiores y deseando cumplir la voluntad del Señor a través del amor, que es fuerza y aval de los carismas (cf. 1 Cor 13, 1 ss.). Cuando en Alba de Tormes terminó su existencia, dio gracias al Señor porque moría “hija de la Iglesia”, como siempre había anhelado vivir y actuar.

Llegamos al fin de nuestra reflexión. Dios habla, nos habla, se comunica. De muchas formas habló por los profetas y definitivamente nos ha hablado por Jesucristo su Hijo, quien nos ha revelado la intimidad del mismo Dios y su designio de salvación para la humanidad. Jesús es la Palabra en quien se concentra la manifestación y la donación del Padre en el Espíritu Santo. En la Iglesia ha depositado la Palabra y la Gracia para que a través de la fe en el Evangelio recibamos la vida eterna. Dios nos habla también hoy de muchas formas por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo. No estamos solos en el universo; Dios ha roto el silencio de la lejanía infinita. Dios está cerca, Dios nos habla, Dios nos ama.